

¿ME HA LLAMADO 'NENA'?



CUENTOS FANTÁSTICOS Y OTROS NO TANTO

Aquel día, tuve que acompañar a mi marido al Gran Hospital. Tenían que hacerle algunas pruebas sin importancia pero los dos decidimos que era mejor que lo acompañara. Cuando uno atraviesa las inmensas cristaleras automáticas de un hospital, por muy bonito que los arquitectos y los decoradores hayan intentado disfrazar el recinto, éste seguirá siendo un ‘hospital’. Un edificio que suele intimidarnos. Por supuesto no se puede generalizar; no es lo mismo entrar en un hospital para que unos expertos profesionales te ayuden a traer un hijo al mundo, que atravesar ese tenebroso pasillo de las urgencias tumbado en una camilla sin saber si algún día volverás a salir totalmente reparado y por tu propio pie. Un pequeño retoque de ‘chapa y pintura’ y a la ca-

lle. Pero, aun así, los hospitales siguen sin gustarme.

Una vez dejé a mi marido en la sala en la que le tenían que realizar las pruebas, le dije que lo esperaría en la cafetería, que no por ser una cafetería, y de haber sido doblemente estudiada su decoración, dejaba de ser un comedor dentro de un hospital. “Qué le vamos a hacer, pensé, siempre será mejor que la sala de espera”.

Todavía era temprano y había bastantes mesas libres, así que me refugié en una mesita que estaba en un rincón bastante protegida entre una enorme planta artificial y una columna. Saqué mi libro electrónico, fiel acompañante en todas mis visitas a los médicos, me coloqué las gafas de leer y le pedí a la camarera un desayuno completo el segundo del día, pero esta vez con tomate y aceite en lugar de mantequilla y mermelada, tenía que estar preparada ya que no tenía ni idea de cuánto tiempo iban a durar las pruebas médicas. A pesar del barullo ambiental, logré concentrarme en la lectura y durante más

de una hora no fui consciente del cambio que se estaba produciendo a mí alrededor. Sin embargo, el aumento de decibelios me hizo levantar la mirada de la novela. La mayoría de las mesas ya estaban ocupadas, seguramente había llegado la hora del primer turno de comida para los profesionales del hospital, pero también había crecido en un gran número de personas que, como yo misma, éramos acompañantes. Me entró una especie de desasosiego ‘cívico’, ya que estaba ocupando una mesa para cuatro y en la puerta esperaba su turno mucha gente. Estaba dispuesta a pedir un aperitivo cuando, de repente una señora me llamó por mi nombre. Me quité las gafas de leer y detrás del arbusto de plástico apareció sonriente el rostro de Trinidad, la dueña de la mercería de mi barrio.

— ¡Pero cuánto tiempo hacía que no te veía, preciosa! Ya no quieres saber nada de mí. Me dijo dándome un efusivo abrazo.

Me levanté y le di otro. La verdad es que le tenía cariño a Trini. Me había dado consejos durante los años en que tenía mi casa llena de

chicotes, y ella me enseñó a remendar pantalones, implantar ‘rodilleras’ y parches para los codos de los jerséis de los chicos.

— Llevas razón, hace mil años que no piso una mercería, pero no me he olvidado nunca de ti porque eres la mejor psicóloga del barrio. Recuerdo la sillita baja que tienes en tu tienda en la que acogías a todas las viudas y señoras deprimidas de la calle.

— ¡Psicóloga dices!, pues menuda psicóloga he resultado ser, si supieras lo que me ha pasado hoy. Por cierto, ¿esperas compañía para comer o puedo sentarme contigo?

— Estoy esperando a que baje mi marido, le están haciendo unas pruebas pero no es nada importante. Siéntate por favor, si baja te lo presento y lo invitamos a comer. ¿Te parece bien? Pero, ¿qué haces tú aquí?

— Lo mismo que tú, y por lo que me imagino al mío le están haciendo las mismas pruebas. Así que vamos a comer las dos y yo te

invito. Estoy tan disgustada que me vendrá bien que me escuches tú para variar.

— Pagamos a escote y no se hable más, pero tienes que empezar a contarme el motivo de tu enfado. Eres la mujer más paciente y de mejor carácter que conozco, y no sólo en nuestro barrio sino en todo Madrid.

— Como quieras, bonita, pero léeme el menú porque yo no me he traído las gafas de cerca.

Es verdad que Trinidad es la persona más cariñosa y comprensiva que conozco. Gordita y de carácter afable se subía a lo más alto de una escalera de aluminio, terriblemente frágil e inestable, para alcanzar las cajas casi inaccesibles de la pequeña mercería. Las clientas solíamos decirle que llevase cuidado no fuera a caerse y ella, con su eterna sonrisa y a tres metros de altura, solía contestarnos que después de treinta años de subir y bajar, la escalera era su mejor amiga y, después de su marido que por cierto era bombero voluntario era su mejor compañera

de baile. Y para hacernos reír movía suavemente sus voluminosas caderas haciendo crujir el metal, hasta que conseguía que la escalera se balancease peligrosamente, mientras ella bajaba tarareando cualquier canción de moda, fuertemente abrazada a una caja repleta de calcetines o de braguitas de señora.

Le leí el menú y ella eligió el plato más contundente del día.

— Hace frío, me dijo y hoy pienso saltarme el régimen.

Yo no tenía demasiado apetito, después de todo llevaba por delante dos buenos desayunos y no había movido el cuerpo durante toda la mañana, así que pedí una ensalada ligera.

— ¡Así cualquiera!, exclamó, soltando una carcajada. Luego vienes a la tienda presumiendo de figurita.

— No me vengas con historias y cuéntame el motivo de tu enfado, porque si no tiene nada que ver con la salud de tu familia no me puedo imaginar quién te ha podido disgustar.

La camarera se acercó a nosotras, hicimos nuestro pedido, y yo me sentí aliviada de poder seguir ocupando la mesa en compañía.

— Tienes razón, te lo voy a contar aunque mi sangre ya se va enfriando poco a poco. Solo el hecho de volverte a ver y de encontrarte como siempre, a pesar del tiempo que ha pasado, me ha reconciliado con la gente.

— Ya sabes que a mi tienda vienen todo tipo de personas, algunas maravillosas y otras muy pesaditas. Algunas han sido muy importantes “socialmente”, y otras han sido y siguen siendo humildes y maravillosas. Pero yo, María de la Trinidad, nacida en este Madrid de mis amores, durante toda mi vida las he tratado a todas igual. Con el mismo respeto, con el mismo

cariño y con la misma atención. Mi madre, que ya tenía la tienda, me enseñó que yo era igual a cualquiera, ni mejor ni peor, simplemente igual, y como tal intenté comportarme siempre. Por otro lado, también sabes cómo soy, cariñosa y alegre. A la viuda del que fue Ministro de Interior la llamaba “cariño”, porque siempre estaba triste, pero tampoco me paro a pensar, a estas alturas de mi vida, los adjetivos que utilizo para dirigirme a mis clientas. Sin embargo, siempre utilizo adjetivos bonitos, porque creo que la vida ya es bastante difícil y, después de todo, ‘a nadie le amarga un dulce’.

Pues bien, una vez explicada la situación, voy directamente a los hechos.

Cuando llegué esta mañana con mi marido, se nos olvidó que teníamos que introducir la tarjeta de la Seguridad Social en la maquineta para que nos saliera el papel de la cita que le teníamos que entregar a las enfermeras de la planta en cuestión. Después de un paseo de media hora por el interior del edificio hasta que logramos encontrar el ascensor ‘rojo’ según las

instrucciones, al fin llegamos a la séptima planta. Las enfermeras, un encanto por cierto, nos pidieron el papel y tuvimos que reconocer que no teníamos ni idea. Me explicaron lo que teníamos que hacer, y me ofrecí para hacerlo yo, utilizando su tarjeta. Bajé al lugar indicado, introduje la tarjeta en la ranura y la máquina no me hizo ni caso. No tenía ni idea de cómo hacerla funcionar. El largo pasillo estaba vacío y no sabía qué hacer, cuando apareció de repente una muchacha joven, y me acerqué a ella como a un clavo ardiendo, para que me sacase del apuro. Y entonces sucedió...

— “Por favor, nena, ¿podrías ayudarme a utilizar esta tarjeta? Soy muy torpe para esto de las nuevas tecnologías. Le dije con mi mejor sonrisa.”

Y ella, como si le hubiera espetado el mayor de los insultos, me miró con los ojos como brasas y me respondió muy indignada:

— “¿Cómo me ha llamado? ¿Me ha llamado NENA?”

Créeme si me hubiera dado una bofetada no me hubiera sentido más humillada. En una fracción de segundo pensé en mi madre, en sus consejos de cómo había que tratar a las personas y de las clientas impertinentes que a veces también entran en mi mercería. Me quedé pálida y ardiendo a la vez, empecé a sudar y, en esa millonésima de segundo, miré su bata, su estetoscopio y su etiqueta de “Doctora X”. Respiré profundamente y forcé una sonrisa, y, mirándola a los ojos le dije:

— Pues sí, Doctora. La he llamado NENA, con cariño, porque así suelo llamar a mi hija, incluso a mi nieta si la tuviera. Pero no se preocupe y siga con su trabajo que yo ya me las arreglaré. Muchas gracias, y perdone.

Le di la espalda fingiendo tranquilidad, retiré la tarjeta que seguía en la ranura de la máquina, mientras ella, quizás arrepentida por haber dejado escapar su soberbia, su vanidad o,

su complejo de inferioridad, de una manera tan poco conveniente, comenzó a darme unas excusas que yo ya no escuché porque me dirigí hacia el ascensor. Cuando llegué a la sala en la que me esperaban las enfermeras que ya habían comenzado a tomarle los datos a mi marido, tuve que quitarme el abrigo, el pañuelo del cuello, incluso el suetercito que llevaba encima de la blusa. Nunca había pasado con tanta velocidad del frío al calor, ni siquiera en los primeros años de la menopausia. Toda sofocada, les conté a las enfermeras lo que me había sucedido y ellas se echaron a reír y me dijeron que no me preocupara, que ese era el pan nuestro de cada día. “Los tiempos han cambiado y hasta los que tenemos trabajo estamos siempre de mal humor. No haga usted caso, señora”. Me dijeron casi al unísono. “Siéntese en esa silla mientras vemos a este señor tan amable, nosotras le rellenaremos la ficha. También puede esperar a su marido en la cafetería”... Y decidí bajar.

El apetitoso plato de fabada que Trinidad había pedido seguía casi intacto en la mesa, solo había probado un par de cucharadas y en cuanto comenzó su relato dejó de comer. Yo seguía fascinada observando su agradable rostro mientras ella me hablaba. Cuando terminó su relato, su nariz respingona había enrojecido levemente y sus ojos, grandes y expresivos lucían acuosos. Le cogí las manitas, gordezuelas y suaves, y guardé silencio durante unos minutos, después ambas sonreímos. Le solté las manos y le dije, sin dejar de sonreír:

— Trinidad, haz el favor de comerte las judías, que frías estarán malísimas. Y cuando haya-mos terminado de comer discutiremos sobre el tema, ¿te parece bien?

Asintió moviendo la cabeza. Se llevó a la boca varias cucharadas rebosantes de deliciosas “fabes” asturianas y, de vez en cuando, mojaba un poquito de pan en la salsa. No se olvidaba de acompañar sus bocados con pequeños sorbos del vinito que tenía delante y, cuando apenas

quedaba comida en el plato, exhaló un profundo suspiro de satisfacción y me dijo:

—¡Qué razón tienes, caramba!, y cuánto agra-dezco lo que me has ayudado.

— ¡Pero si no te he dicho ni pío! —exclamé.

— Ya lo creo que me has ayudado. Me has escuchado con cariño, y me has hecho recordar que debo seguir mis propios consejos. Y además esta fabada está deliciosa. Y me siento de maravilla. ¡Gracias, preciosa!

Estábamos tomando el descafeinado y apareció mi marido que se unió al banquete y, no habían transcurrido ni diez minutos cuando apareció el suyo, el famoso y guapetón bombero voluntario. Se unieron a nosotras y ellos nos pagaron la cuenta. Aquella mesita del rincón había sido muy bien aprovechada a fin de cuentas...

Madrid, enero de 2015